

- Teutschen Landen, nicht nur in Statt und Bisthumbe Basel . . .
zugetragen. Basel 1580.
- Yriarte, Charles, Un condottiere au XV^e siècle. Rimini. Études sur les
lettres et les arts à la cour des Malatesta d'après les papiers d'état
des archives d'Italie. Paris 1882.
- Zanelli, Dom., Il Pontefice Niccolò V. ed il risorgimento delle lettere,
delle arti e delle scienze in Italia. Roma 1855.
- Zeitschrift für die historische Theologie. In Verbindung mit der histor.-
theolog. Gesellschaft zu Leipzig nach Illgen und Niedner heraus-
gegeben von Kahnis. Jahrgang 1850 ff. Gotha 1850 ff.
- Zeitschrift für katholische Theologie, redigiert von Dr. J. Wieser und
Dr. F. Stentrup, später von Dr. H. Grisar und Dr. Michael. Bd. I ff.
Innsbruck 1877 ff.
- Zeitschrift für Kirchengeschichte, in Verbindug mit W. Gass, H. Reu-
ter und A. Ritschl herausg. von Th. Brieger. Bd. I ff. Gotha
1877 ff.
- Zeitschrift für Philosophie und katholische Theologie, herausg. von
Achterfeld, Braun v. Droste, Scholz und Vogelsang. N. F.,
herausg. von Dieringer. Jahrg. I bis XIII. Köln 1833—1853.
- Zeitschrift, historische, herausg. von Heinrich von Sybel. Bde. I ff.
München und Leipzig 1859 ff.
- Zeno, A., Dissertazioni Vossiane. Venezia 1753.
- Zhishman, J., Die Unionsverhandlungen zwischen der orientalischen
und römischen Kirche seit dem Anfange des 15. Jahrhunderts bis
zum Konzil von Ferrara. Wien 1858.
- Zimmermann, Alfred, Die Kirchlichen Verfassungskämpfe im 15. Jahr-
hundert. Eine Studie. Breslau 1882.
- Zinkeisen, J. W., Geschichte des osmanischen Reiches in Europa. 2
Teile. Gotha 1840—1854.
- Zinkeisen, J. W., Die orientalische Frage in ihrer Kindheit. Eine
geschichtliche Studie zur vergleichenden Politik, in Raumers
Histor. Taschenbuch. Dritte Folge VI, 461—611. Leipzig 1855.
- Zippel, G. Nocolò Niccoli. Trento 1890.
- Zurita, G., Anales de la corona de Aragón. Vol. III—IV. Zara-
goza 1610.

INTRODUCCIÓN

Á LA

HISTORIA DE LOS PAPAS

DE LA

ÉPOCA DEL RENACIMIENTO

El Renacimiento literario en Italia y la Iglesia.

Apenas hay en la Historia de la Humanidad, después de la época en que se realizó la transformación del antiguo mundo pagano en una sociedad cristiana, otro período más digno de consideración, que aquel en que se verifica el tránsito de la Edad Media á la Moderna; y uno de los más poderosos factores de ese período, lleno de los más acentuados contrastes, fué aquel profundo y extendido estudio de lo antiguo, que se suele designar con el nombre de Renacimiento de la Antigüedad clásica. Esta conversión hacia lo antiguo se manifestó, como era natural, primeramente en Italia, donde el recuerdo de la Antigüedad clásica nunca se había podido borrar por entero de la memoria; y con ella se inauguró una nueva época.

No es asunto de la presente exposición, poner ante los ojos el origen y extensión de dicho movimiento; el cual, en unión con otros factores, produjo una poderosa revolución en la ciencia, en la poesía, en el arte y en la vida. El cometido de quien escribe la

Historia de los Papas no puede ser otro, sino mostrar las relaciones del Renacimiento con la Iglesia y el Papado.

Para comprender estas relaciones con exactitud, y bajo todos sus aspectos, hay que tener presente ante todas cosas, que desde el principio lucharon en el seno de aquel movimiento de los estudios, que se mostró en primer lugar en el dominio de la Literatura, dos corrientes opuestas; las cuales, de una manera más ó menos clara, pueden ya reconocerse en los dos hombres geniales á quienes se debe considerar como los propios fundadores del renacimiento literario: Petrarca y Boccaccio.

Lo propio que el poeta de la Divina Comedia, se mantuvo **Francisco Petrarca** en el terreno de la Iglesia, y supo juntar, con su entusiasta inclinación hacia la Antigüedad clásica, la veneración creyente hacia el Cristianismo. Su fanático entusiasmo por lo antiguo no fué tan allá, que se olvidara por ello de la sublimidad de los misterios cristianos; antes al contrario, con la mayor resolución asentó aquel poeta muchas veces, que tenía el Evangelio en más alto lugar que toda la sabiduría de los antiguos. «Sólo entonces se puede amar las escuelas de los filósofos y consentir con ellas—escribe á su amigo Juan Colonna—cuando no se separan de la verdad, ni nos apartan de nuestro supremo fin. Si alguno se atreviera á intentar esto, aunque fuera Platón ó Aristóteles, Varrón ó Cicerón, deberíamos con libre constancia despreciarlo y pisotearlo. Ninguna agudeza de la argumentación, ninguna gracia del lenguaje, ninguna celebridad de los nombres puede extraviarnos; á pesar de todo, ellos fueron solamente hombres, eruditos hasta donde alcanza la investigación humana, brillantes por su elocuencia, favorecidos con los dones naturales; pero dignos de compasión por carecer del soberano é inefable Bien; y porque solamente confiaron en sus propias fuerzas, y no se afanaron por llegar á la verdadera luz, cayeron muchas veces á manera de ciegos. Admiramos, pues, los dones de su ingenio; pero de tal manera, que adoremos al Creador de los mismos dones. Compadezcámonos de los errores de aquellos hombres, y felicitémonos al mismo tiempo, reconociendo que, por gracia y sin nuestro merecimiento, hemos sido antepuestos á nuestros predecesores, por Aquél que esconde sus misterios á los sabios y los descubre graciosamente á los pequeñuelos. Filosofemos de tal suerte, que amemos la sabiduría; mas la verdadera sa-

biduría de Dios es Cristo; y para filosofar de verdad, debemos ante todas cosas amarle y adorarle. Ante todo hemos de ser cristianos,—y esto supuesto, seamos después lo que nos pluguiere. Los escritos filosóficos, poéticos é históricos, hemos de leerlos de modo, que siempre repercuta en nosotros el Evangelio de Cristo; sólo de esta manera podremos ser eruditos y cristianos; y por otro camino, cuanto más hubiéremos aprendido, tanto seremos más ignorantes y desdichados. Sólo sobre el Evangelio puede la humana diligencia edificar, como sobre el único incommovible fundamento de toda ciencia verdadera» (1).

Para justificar su afición á los poetas y filósofos clásicos, invoca Petrarca repetidas veces la autoridad de San Agustín, cuyas Confesiones «empapadas en lágrimas» pertenecieron al número de sus libros favoritos. «Un tan gran Doctor de la Iglesia—dice—no se ruboriza de dejarse guiar por Cicerón; por más que éste persiguiera un fin distinto; y ¿por qué se había de ruborizar?; pues ningún guía es despreciable, si nos muestra el camino de la salud. Con lo cual no quiero negar que se hallen en los clásicos muchas cosas dignas de evitarse; pero, aun en los escritores cristianos se encuentran también otras que pudieran seducir al incauto lector; y el mismo Agustino desarraigó con sus propias manos, en una obra laboriosa, la cizaña esparcida en el fecundo campo de sus escritos. Para abreviar; son raros los libros que puede uno leer sin peligro, si no le alumbra la luz de la divina verdad, enseñándole lo que ha de elegir y lo que debe evitar; pero si seguimos aquella luz, podemos andar seguros por todas partes.»

Petrarca expuso animosamente estos mismos sentimientos creyentes, las muchas veces que salió como apologista á la defensa del Cristianismo; y cuando, después de su solemne coronación como poeta en el Capitolio, se dirigió desde allí á la basílica de San Pedro, para depositar su corona de laurel en el altar del Príncipe de los Apóstoles (2).

(1) Ep. rer. famil. VI, 2 (ed. Fracassetti [Firenze 1864] II, 112—119).

(2) Cf. Körting I, 174. 178. 205. 407 ss. 495 s.; III, 430—431. Haffner. Renaissance 227 s. Piper, Mon. Theologie 653—654. Voigt, Wiederbelebung I³, 79. 86 ss. 93 ss. Blanc in Ersch-Gruber, 3. Sektion, XIX, 250—251. Geiger, Petrarca (Leipzig 1874) 92—93. Gaspary I, 457. Bartoli 61 ss. Monnier 81. Baumgartner 478. Es errónea la afirmación repetida todavía recientemente por Körting I, 75, Voigt I³, 84, Frenzel, Renaissance (Berl. 1876) 5, Geiger, Renaissance 29 y Paulsen 29 de que Petrarca, que sólo tuvo órdenes menores,

Mas tampoco Petrarca quedó exento de la levadura de su siglo, y de los peligrosos elementos de la Antigüedad. En el combate con las pasiones sensuales, que tan vivamente pinta en su libro «Sobre el menosprecio del mundo», sucumbió repetidas veces; y su desmedida ambición en acumular prebendas, constituye otro punto obscuro de su agitada vida. Aun se encuentran en este poeta otros rasgos, que están en contradicción con las máximas de su fe cristiana; pudiéndose contar entre ellos principalmente, su orgulloso desprecio de la Escolástica (por más que anduviera entonces harto degenerada), y de toda la Edad Media (1), así como su malsano apetito de gloria vana. Sobre este último punto se le juzgará por ventura más benignamente, si se reflexiona que, aun el corazón de un Dante, cuyo poema inmortal afirmó el criterio cristiano sobre la inanidad de la vanagloria, no pudo sin embargo librarse del prurito de ella. Con todo eso, no deja de ser un espectáculo desconsolador, ver de qué manera, un hombre del ingenio y elevación de Petrarca, sueña con las coronas de laurel, con el favor de los príncipes y ovaciones del pueblo, y anda desalado tras el fantasma de la gloria, en las cortes de príncipes hundidos en el abismo de la inmoralidad (2). Y apenas puede dudarse que, aquel ardiente anhelo por la inmortalidad de su nombre, contra el cual la conciencia cristiana del poeta batalló con éxito harto mezquino, se debe considerar como un contagio del paganismo. El falso ideal de la gloria, se presentaba al Petrarca en las obras de los antiguos clásicos, principalmente de Cicerón, y á las veces le arrebató con tal fuerza, que oscureció en él completamente el ideal cristiano (3).

haya sido sacerdote. El lugar aducido como prueba por Körting, del escrito: *De otio religios.*, Opp. (Basil. 1554) 363, nada prueba; pues, divinas laudes atque officium quotidianum celebrare, no significa allí, celebrar la misa, sino refiérese al rezo del breviario y al oficio del coro. Cf. también Kraus, Petrarca 85, p. 364.

(1) Pétrarque a été un des premiers, pour prononcer le mot, à accréditer la fable des Ténèbres du moyen âge, dice Cochin en una crítica de la obra del P. Nolhac en la Rev. d. quest. hist. 1893, LIII, 541.

(2) Körting I, 36 ss. 157 s. 521; III, 420. 423. Voigt, *Wiederbelebung* I, 71 s. 123 s. 135 s. Haffner, *Renaissance* 228 s. Bartoli 10 s. Kraus, Petrarca 86, p. 58. Symonds, *Revival* 58 ss. Sobre la disposición de Dante respecto de la gloria cf. Burckhardt, *Kultur* I, 153 ss. Schnaase VII, 36 ss. y Hettinger, *Dantes Geistesgang* (Köln 1888) 12.

(3) Voigt, *Wiederbelebung* I, 123 s. Cf. P. de Nolhac, *Pétrarque et l'humanisme* (Paris 1892) 28 ss.

Un mérito innegable de Petrarca es, el no haber mezclado nunca pensamientos lascivos con las notas de argentina pureza de sus sonetos; y desde este punto de vista forma con él el más rudo contraste que imaginarse pueda, su contemporáneo y amigo **Boccaccio**, cuyos escritos transportan al lector á una bochornosa atmósfera de pagana sensualidad. Es espantoso hasta qué punto aquel maestro genial de la forma y pintura de caracteres, escarneció toda honestidad y cristiana disciplina. Su idilio «*Ameto*», riquísimo en opulencias clásicas, predica con bastante claridad el «evangelio del amor libre», al paso que su «*Corbaccio*» ó «*Labyrintho del Amor*» llega hasta un punto inconcebible de cinismo descarado. Un juez nada severo opina que, aun los modernos naturalistas, podrían apenas sobrepasar la pintura obscenísima de aquel infame libelo (1). Aun en la más célebre de todas las obras de Boccaccio, en su «*Decamerone*», se difunde una desenfadada y enteramente gentilica teoría del placer. Con visible complacencia se celebra en dicha novela el triunfo de la seducción sobre la inocencia y simplicidad, como una victoria de la saludable prudencia de la vida sobre la estrecha gazmoñería y desdeñoso orgullo de la virtud; y con superior agudeza de ingenio se hace burla de la moralidad y de todo lo respetable, poniéndolo en la picota del ridículo. Todo el esplendor de la exposición, que Boccaccio derrama en este escrito, sirve solamente para aumentar el peligro que trae consigo la lectura de tales narraciones (2).

Con especial predilección acumula Boccaccio, en sus novelas, las burlas y el insulto sobre los eclesiásticos, frailes y monjas; y con un fino sarcasmo sin igual, los propone como compendio de toda hipocresía é inmoralidad (3).

(1) Scartazzini in la *Allgem. Zeitung* 1882, Nr. 336, Beil. Sobre «*Ameto*» Cf. E. Feuerlein en *Sybel's Hist. Zeitschr.* N. F. II, 238. Petrarca als Dichter: *Norrenberg* I, 319; *Gaspari* I, 460 ss.; II, 26 s.

(2) Hettner, *Studien* 47—48. Cf. Körting II, 447 s. 657. Wegele 595. *Gaspari* II, 55 s. 64. *Ianitschek* 8. Feuerlein loc. cit. 242 s. F. de Sanctis, *Storia della lett. ital.* (Terza ediz. Napoli 1879) I, 287 ss. M. Landau, *G. Boccaccio, sein Leben und seine Werke* (Stuttgart 1877), procura excusar en lo posible á Boccaccio, pero confiesa (134) que no es posible disculparle enteramente. Muy severamente le juzga G. de Leva, *Sull' opera Il primo Rinascimento* del prof. G. Guerzoni (Padova 1878) 10, y con demasiado optimismo Cochin, s. *Giorn. st. d. lett. ital.* XVI, 407.

(3) El tono frívolo que aquí se emplea, encontró pronto imitadores demasíadamente dóciles, que no se arredraron ante lo más repugnante. Cf. *Burckhardt*

Esto no obstante, Boccaccio no era un incrédulo, ni un enemigo de la Iglesia, y sus criminales discursos acerca de las personas eclesiásticas, no procedían de convicciones fundamentalmente hostiles á la Iglesia, ni alguno de sus contemporáneos los entendió en este sentido. El predicador de penitencia, que en 1361 buscó á Boccaccio, le dirigió acerbos reproches por la inmoralidad, mas no por la irreligiosidad de sus escritos. El autor del *Decamerone* no fué enteramente incrédulo, aun en los más alocados tiempos de su vida; y más adelante, después de su conversión, se manifestó en él poderosamente la fe y piedad infantil de su pueblo. Con fervor aprovecha entonces cualquiera ocasión, para acentuar su fe, y para precaver eficazmente contra la lectura de las impuras producciones de su pluma, de que amargamente se arrepiente; y ya no se halla en él nada de su anterior coquetear con los dioses de la Antigüedad clásica. También procede de esta época su testimonio, de que no considera las ciencias como obstáculo para la fe; pero que, en todo caso, antes quisiera renunciar á las primeras que á la segunda (1). Finalmente, su testamento es asimismo testigo de las creyentes convicciones del más celebrado prosista de Italia. Boccaccio legó en él lo más precioso que poseía, su biblioteca, al fraile agustino y profesor de Teología, Martino da Signa, bajo condición, que rogara por la salud de su alma; y á la muerte de Martino había de pasar la colección de sus obras al monasterio de Santo Spirito, y estar siempre abierta á disposición de sus frailes. El lugar de su último descanso quiso el poeta tenerlo en la iglesia de los agustinos de Santo Spirito de Floren-

hardt, Kultur II, 182 s.; E. Ruth, Gesch. der ital. Poesie (Leipzig 1847) 7. 52 s. 60 s.; Geiger, Renaissance 81. 262 s. y M. Landau, Beiträge zur Gesch. der ital. Novelle (Wien 1875) 22 s. 27 ss. 39. Respecto al novelista Masuccio Guardato de Salerno, observa Landau 52: Por mucho que se aborrezca á los curas, se habrá de confesar que, la manera como Masuccio los combate, traspasa todas las condiciones de una guerra honesta. Con groseros golpes de maza se arroja sobre los monjes y sacerdotes, sin perdonar ni siquiera al Papa, y aun á veces se llega á permitir burlarse de una manera obscena de ciertos usos católicos. Cf. Gothein 429 s. y Giorn. st. d. lett. ital. XI, 487. Acaso son todavía peores las Novelle de Giovanni Ser Cambi, cuya publicación se dejó por consideraciones de decencia (v. Landau 39; cf. además Gaspari II, 72. 645). Se hallan completas en el *Cod. 193 de la Biblioteca Trivulzio de Milán.

(1) Cf. Körting II, 189 s. 267 s. 365 ss. 659 ss. Gaspari II, 68. Monnier 79. G. Guerzoni, Il primo Rinascimento (Verona 1878) 80—81. A. Hortis, Studi sulle opere lat. del Boccaccio (Trieste 1879) 475 s. Cochin, Boccaccio (Paris 1890) 84 ss.

cia, ó en caso que la muerte le alcanzara en Certaldo, en la iglesia de San Jacobo allí situada, y perteneciente asimismo á los agustinos (1).

Con esto vemos, que la posición que tomaron, respecto de la Iglesia, los dos fundadores y adalides del Renacimiento, estuvo muy lejos de ser hostil; y conforme á ella, fueron también generalmente amistosas las relaciones de aquellos literatos con los Papas. Boccaccio fué tres veces, como enviado de los florentinos, á la corte pontificia, y obtuvo siempre muy buen recibimiento (2). Todos los Papas, desde Benedicto XII hasta Gregorio XI, manifestaron á Petrarca la mayor benevolencia; y un Papa fué (Clemente VI) quien alivió al gran poeta de las solitudes de la vida, proporcionándole la independencia en sus trabajos literarios (3). No es, pues, acertado considerar la dirección de los espíritus conocida bajo el nombre de Renacimiento, y cuya manifestación literaria fué el Humanismo (4), como asestada desde su principio, y en toda su extensión, contra la Iglesia. Al contrario, el verdadero Renacimiento; el estudio de los antiguos con criterio cristiano, fué una tendencia espiritual en sí justificada, y fecunda en nuevos resultados, así para las ciencias profanas como para las sagradas (5).

El estudio comprensivo y metódico de las obras del antiguo ingenio, con la tendencia de librar los entendimientos del formulismo de una escolástica degenerada, y hacerlos capaces de un inmediato y nuevo cultivo de todas las ciencias, principalmente de la Filosofía y de la Teología; no podía menos de ser recomendable, aun desde el punto de vista rigurosamente eclesiástico. La negligencia del lenguaje y del estilo, hacia el fin de la Edad Media, y el modo con que, en este respecto, se habían contentado los últimos escolásticos con el mecanismo escueto y árido de la forma escolar, no podía dejar de resultar perjudicial, á la larga, para el desarrollo científico; y, si la ciencia eclesiástica no había de perder

(1) Testamento di Giov. Boccaccio secondo la pergamena originale dell' Archivio Bichi-Borghesi di Siena (Siena 1853).

(2) M. Landau, Boccaccio 223 ss. Körting II, 197 ss. 304 ss. 307. A. Hortis, Giov. Boccaccio, ambasciatore in Avignone (Trieste 1875).

(3) Körting I, 224. 440—441. Cf. Thomas in Mél. d'arch. IV, 34 ss.

(4) Paulsen, Gesch. d. gelehrten Unterrichts 5.

(5) Cf. Daniel, Des études classiques 222; Möhler, Schriften, herausgeg. von Döllinger (Regensburg 1840) II, 17, 23. 25; Norrenberg II, 8. 10 y Her-genröther II, 1, 172.

todo su influjo en los ánimos formados por el Humanismo, era menester que tomara por dechado la imperecedera y eternamente ejemplar belleza de forma, de las obras de la Antigüedad, y se vistiera de un nuevo, más agradable y menos contrahecho ropaje (1). Para la Iglesia importaba sobremanera el método y el fin que se propusieran los estudios humanísticos; pues esta dirección solamente podía serle hostil cuando se abandonaran los métodos seguidos de antiguo; cuando los estudios clásicos, en vez de ser un puro medio de formación, se convirtieran en fin independiente; y cuando, en lugar de utilizarse para profundizar y arraigar las convicciones específicamente cristianas, se emplearan en oscurecerlas y destruirlas (2).

Por el contrario, mientras la Antigüedad pagana se contemplaba desde el punto de vista de la verdad absoluta del Cristianismo, el renacimiento de la literatura clásica no podía menos de ser provechoso para la Iglesia; pues, así como el mundo antiguo, sólo cuando se considera desde la alteza del Cristianismo, se manifiesta á los ojos del espíritu en todas sus diversas relaciones; así la belleza de las instituciones cristianas y de la doctrina de nuestra fe, no se comprenden y estiman en todo su valor, sino cuando se comparan con las correspondientes manifestaciones de la vida y el pensamiento antiguos (3). El fomento, pues, que los Papas y muchos otros dignatarios eclesiásticos, procuraron á los recientemente renovados estudios de la Antigüedad, mientras éstos se cultivaran con el espíritu que debían, no podía ser sino provechoso para los intereses de la Iglesia, y venía á continuar congruentemente las antiguas tradiciones eclesiásticas.

Partiendo del principio, que la ciencia en sí misma es un alto bien, y que los abusos de ella no justifican el que se la oprima, la Iglesia, defensora en esto como en todas las cosas del justo medio, combatió desde el principio solamente la superstición pagana, la pagana inmoralidad, pero no la cultura greco-romana del espíritu. A ejemplo del gran Apóstol de las gentes, que no fué ajeno á los poetas y filósofos griegos, la gran mayoría de los varones que continuaron su obra, estimó en mucho y recomendó los

(1) Cf. Brandes, *Die klassischen Studien* 3.

(2) Bippart en *Wetzer u. Weltes Kirchenlexikon* XII, 594—605.

(3) Cf. el hermoso trabajo sobre las relaciones de la Antigüedad clásica con el Cristianismo en las *Histor.-polit. Blättern* XXX, 102 ss.

estudios clásicos; y aun los antiguos cristianos, si bien se distinguieron por su severidad, no tuvieron reparo en vestir las ideas de su Religión con los versos de poetas gentiles, como, por ejemplo, Virgilio (1). Cuando el emperador Juliano el Apóstata procuró quitar á los cristianos el eficaz medio de formación de los estudios clásicos, los previsores adalides de la Iglesia vieron en ello una de las más peligrosas medidas de hostilidad contra el Cristianismo; y obligados por la necesidad, tuvieron que utilizar, en la enseñanza literaria, libros de escritores cristianos apresuradamente compuestos para este objeto; mas, cuán insuficiente entendieran ser este medio de defensa, lo muestra el haber vuelto, luego después de la muerte de Juliano, al empleo de los antiguos clásicos (2).

A la verdad, nunca desconocieron los cristianos el peligro que llevaba consigo un exclusivo y exagerado estudio de los escritores paganos, en el cual no se tuviera cuenta con el lado perjudicial del paganismo; y ya Orígenes escribía: «Es dañoso para muchos tratar con los egipcios (esto es, con la ciencia pagana) después de haber profesado la ley de Dios» (3). Y aun aquellos Padres de la Iglesia que juzgaron á los clásicos antiguos con la mayor benevolencia, no se olvidaron de prevenir de vez en cuando contra los extravíos en que la juventud podía caer en el estudio de la Antigüedad, mostrando los escollos en que corría riesgo de zozobrar, conservando con severo rigor las máximas tradicionales de la enseñanza cristiana, y esforzándose, por medio de una solícita elección de los maestros, en ocurrir á los peligros, ocultos en la antigua literatura; y de esta manera logró la Iglesia, como lo enseña la

(1) Ejemplos en de Rossi, *Inscr. urbis Romae* II, 1 (Rom. 1888). Por semejante manera los antiguos cristianos tomaron también en sus obras de arte las decoraciones indiferentes de las obras artísticas paganas. *Histor. Jahrb.* XI, 514.

(2) Daniel l. c. 20—27; *Histor.-polit. Blätter* XXXIV, 631, y H. Kellner, *Hellenismus und Christentum* (Köln 1866) 266 s. Ya el prior de los canónigos regulares de Fiésolo y amigo de Cosme de Médicis, Timoteo Maffei, llamó la atención de los adversarios de los estudios clásicos, sobre la mencionada disposición de Juliano (cf. su tratado dedicado á Nicolás V: *In sanctam rusticitatem litteras impugnantem*. Cod. Vatic. 5076 f. 8., *Biblioteca Vaticana*); y lo propio hizo Rafael de Pornaxio en su escrito: *De consonancia nature et gracie*. Ms. 69 de la *Biblioteca capitular*, ahora en la *Biblioteca pública* de Frankfurt a. M.

(3) Orígenes, *Ep. ad Greg.* 2 (Migne, *Patr. gr.* XI, 90). Otros pasajes en B. Braunmüller, *Beiträge zur Gesch. der Bildung in den drei ersten Jahrhunderten des Christentums* (Mettener Progr. 1854/1855) 31 s.